

» con pleno convencimiento, toda la doctrina de la santa  
 » Iglesia Católica, Apostólica, Romana : abjuro para  
 » siempre los errores de Calvino, de Lutero y de todos los  
 » otros herejes, cuyas doctrinas perversas han sembrado  
 » en toda la tierra el espíritu de vértigo, de rebelion, y  
 » de anarquía. Abrazo las verdades santas de esta Iglesia  
 » infalible, siempre pura y sin mancha, que mis abuelos  
 » tuvieron la desgracia de abandonar. Hago á Dios la  
 » confesion sincera de mis errores, y espero hallar el  
 » perdón en el seno de su inefable misericordia.

» Ruego y suplico á todos mis parientes, amigos, y á  
 » cuantos viven en el error en que yo desgraciada, y  
 » ¡ ay ! demasiadamente los he sostenido, sigan mi ejem-  
 » plo.

» Dirijo con todo respeto la presente declaracion á  
 » M. de Clermont-Tonnerre, Arzobispo de Tolosa, su-  
 » plicándole quiera admitirme, lo mas pronto posible, á  
 » hacer mi abjuracion solemne. Espero de su caridad,  
 » zelo, y sólida virtud, querrá concederme luego á lue-  
 » go esta gracia, y lograr por este medio entrar cuanto  
 » antes en la comunión de la Iglesia, en la que quiero  
 » vivir y morir, como hijo verdaderamente sumiso.

» Y para expresar, en una palabra, mis verdaderos  
 » sentimientos, adhiero y me someto de entendimiento  
 » y de voluntad á las decisiones del santo Concilio de  
 » Trento ; y estoy pronto á suscribir en toda su exten-  
 » sion la *Profesion de fe* formada por él. » — Montagne,  
 » concejo de Bordes, Canton de Mas-de-Asil (Ariege), á  
 » 1<sup>o</sup> de septiembre de 1822.

PABLO LATOUR.

## CARTA

DE M. CÁRLOS LUIS DE HALLER <sup>1</sup>,

*Miembro del Consejo supremo de Berna, á su familia.*

Querida y amada esposa mia, y vosotros mis muy amados hermanos, hermanas, parientes y afines míos, á quienes estoy tan íntimamente unido por los vínculos de la sangre, y los de un enlace de que me honro, y por la memoria de tantos beneficios : nunca creí me veria en el caso de hacerlos desde París una manifestacion que sé os sorprenderá, y aun afligirá tal vez ; motivo único por el que es á mí tambien dolorosa, pero á la cual la necesidad me obliga, y que tarde ó temprano espero se os convertirá en motivo de gozo y de consuelo. Y pues tantos años hemos vivido en la mas perfecta armonía, que el cielo ha bendecido con singulares beneficios, os ruego no me negueis vuestra amistad, y me oigais con indulgencia en una de las épocas mas decisivas de mi vida.

Ya há tiempo os era notoria por mis discursos y por los rumores públicos, mi inclinacion á la Iglesia Católica, que no es otra cosa que la sociedad ó Congregacion universal de los fieles Cristianos. Esta inclinacion no es de hoy : nadie me ha inducido ni solicitado para ella : era efecto natural de un corazón sincero, de un juicio sano, y singularmente de una gracia particular de Dios,

<sup>1</sup> Dios parece haber derramado su bendicion á esta carta ; no solo no fué mal recibida por su familia, sino que Haller ha tenido el consuelo de que su mujer é hijos hayan entrado sucesivamente en el seno de la Iglesia. La carta ha sido tan apreciada, que en el espacio de tres años se han hecho tres traducciones distintas en Alemania y Suiza, y despachádose quince ediciones numerosas : en Valencia tambien se tradujo el año anterior, pero no hemos tenido oportunidad de verla.

que en todo el curso de mi vida me ha ido conduciendo de un modo casi milagroso. Mis hermanos y hermanas se acordarán tal vez con qué equidad hablaba frecuentemente nuestro difunto padre<sup>1</sup> de los Católicos en el seno de su familia : ¡ ah ! los conocia por sus numerosas relaciones literarias , los amaba , y aun justificaba su creencia en diversos puntos. Este gérmen se ha desarrollado en mí , y á pesar de los errores de mi juventud , mi ignorancia á lo menos no fué una repugnancia. La belleza y hermosura de los templos Católicos elevó siempre mi alma hácia los objetos religiosos ; la desnudez de los nuestros , de los cuales se ha hecho desaparecer hasta el mas mínimo signo y emblema del Cristianismo ; la aridez y sequedad de nuestro culto me desagradaba ; frecuentemente me parecia que nos faltaba alguna cosa , y que éramos como extranjeros en medio de los Cristianos. En el *elogio* que hice de Lavater veinte y un años há en Weimar , hallareis ya indicadas varias de estas disposiciones. Se le habia zaherido á aquel grande hombre esta misma inclinacion : procuré justificarle ; y aunque ¡ ah ! ¡ con cuánto dolor lo digo ! aunque no tuviese entonces otra religion que la mal dicha *natural* , ó mas bien la que yo mismo me formaba , el modo con que me expresé por solas las luces de la razon , de la confesion auricular , de la abstinencia ó ayuno cuadragesimal , considerado como un ejercicio de mortificacion , de la decoracion y ornato de los templos , de la ceremonia del Lavatorio de los piés , y aun de la Unidad de la Iglesia , llenó de admiracion á los muchos sabios Católicos.

Durante el tiempo de mi emigracion tuve ocasion de conocer y tratar con muchos Obispos y Sacerdotes Católicos ; y aunque ellos jamás me hablasen de Religion , ó á lo menos no tratasen de disuadirme de la mia , no pude menos de admirar su espíritu de amor y de dulzura , su caridad , su resignacion en medio de los mayores ultrajes , y , debo tambien decirlo , su grande instruccion y profundos conocimientos. Yo no sé qué especie de sim-

<sup>1</sup> Teófilo Manuel de Haller , del Consejo Supremo de Berna , y Bailío de Nyon , autor de la *Biblioteca de la Historia Suiza* , muerto el 1786.

patía secreta me atraia hácia ellos , ni cómo ellos me inspiraron siempre tanta confianza. — El estudio de los libros sobre las *sociedades secretas*<sup>1</sup> y revolucionarias de Alemania me mostró el ejemplo , é hizo ver con espanto una asociacion espiritual esparcida en todo el globo , para enseñar , mantener y propagar principios impíos y detestables ; y no obstante , ya poderosa por su organizacion , por la union de sus miembros , y los diversos medios de que se han valido para llegar á su fin ; y aunque todas estas sociedades me inspirasen horror , me hicieron sin embargo conocer la necesidad de una sociedad religiosa contraria , dotada de autoridad para enseñar , guarda y depositaria de la verdad , á fin de poner un freno á los estravíos de la razon individual , reunir á los buenos , é impedir que los hombres se dejasen llevar de todo viento de doctrina : ¡ ah ! yo no sabia , y solo lo llegué á percibir mucho tiempo despues , que esta sociedad existia , existe en la Iglesia Cristiana , Católica ó Universal , y que esta es la razon del odio y encono que tienen todos los impíos contra esta Iglesia , al paso mismo que todos los buenos , sinceros y religiosos , aun en las confesiones separadas<sup>2</sup> , naturalmente se aproximan á ella , á lo menos por sentimiento.

Durante mi mansion en Viena , aunque mi conversion entonces , mirando á los intereses temporales , me hubiera podido ser muy ventajosa , ni pensé en ella ; ni nadie me habló tampoco de este punto. A lo mas , algunas almas sencillas que me estimaban , viendo mi corazón sin odio , y mi entendimiento sin preocupacion , dejaron percibir algunos deseos ó ligeras insinuaciones. Un dia , pasando por delante de una tienda de libros , ví un librito pequeño destinado para el pueblo<sup>3</sup> , en que se ex-

<sup>1</sup> Este grande hombre ha publicado varios y curiosos artículos en el *Mémorial Catholique* sobre las sociedades secretas , con notas y advertencias sobre sus simbolos , emblemas , expresiones , etc. , etc.

<sup>2</sup> Llámanse así comunmente las diversas sectas de protestantes.

<sup>3</sup> Un Catecismo : si nosotros supiéramos estimar lo bueno , veriamos en él un tesoro que no hay á que compararlo : el pequeñito de Ripalda se ha traducido al italiano , y un hermano del autor cedia gusto y conmutaba su nombre puesto á sus obras teológicas , por llevarlo al frente de este librito.

plicaban los ritos y ceremonias de la Iglesia Católica: le compré por curiosidad, y le poseo aun: ¡cuál fué mi sorpresa al ver allí tantas cosas instructivas, el sentido, el fin y la utilidad de tantos usos que nosotros tenemos por supersticiones! — Pero principalmente mis reflexiones y estudios políticos, despues de Dios, ó Dios por ellos, fueron los que poco á poco me condujeron á reconocer verdades que estaba muy lejos de preveer. Disgustado de las falsas doctrinas dominantes, y viendo en ellas la causa de todos los males que nos afligen, la rectitud de mi corazón me hizo siempre buscar otros principios sobre el origen y la naturaleza de las relaciones sociales. Una sola idea sencilla y fecunda, verdaderamente inspirada por la gracia de Dios, á saber: la de proceder todo de lo alto, de colocar en el orden del tiempo, así en las ciencias como en la naturaleza, al padre superior á los hijos, al señor antes que los criados, al príncipe antes que los súbditos, al maestro antes que los discípulos, me llevó de consecuencia en consecuencia, é hizo concebir el plan de esa obra, ó cuerpo de doctrina que hace hoy tanto ruido en Europa<sup>1</sup>, y que, no sé si me arroje á decirlo, está acaso destinado á restablecer los verdaderos principios de la justicia social, y á reparar muchos males sobre la tierra. Me representé pues tambien un poder ó una autoridad espiritual preexistente, el fundador de una doctrina religiosa, agregándose discípulos, reuniéndolos en sociedad para conservar y propagar esta doctrina, dándoles leyes é instituciones, adquiriendo poco á poco propiedades territoriales para satisfacer á las diversas necesidades de esta sociedad religiosa, pudiendo llegar aun á una independencia temporal ó exterior, etc. Consultando despues á la historia y á la experiencia, ví que todo esto se habia realizado así en la Iglesia Católica; y esta sola observacion me hizo en fin reconocer su necesidad, su verdad, y legitimidad. Algunas personas de penetracion

<sup>1</sup> *Restauracion de la ciencia politica, ó Teoría del orden social natural, opuesto á la quimera del estado civil facticio.* Winterthur, 1816-1821, 4 vol. en 8°. — Está traducida al francés por el mismo.

vasta entre los Católicos, notaron ya esta propension mia en el *Compendio de la ciencia politica*, que hice imprimir en 1808, y me insinuaron que seguia su fe sin saberlo. La lectura atenta y frecuente de la Biblia me hizo entender aun mas bien que no me habia engañado; porque con el espíritu de justicia y de imparcialidad que Dios se ha servido darme, no pude menos de notar en ella innumerables testimonios, que no tienen relacion sino á un reino de Dios en la tierra, es decir, á una Iglesia ó sociedad de fieles (que san Pablo llama el *Cuerpo de Jesucristo*<sup>1</sup>) con su cabeza y miembros destinados á mantener, y á perpetuar la Religion Cristiana, á reunir los buenos, separarlos de los malos, fortalecerlos por su reunion, etc.; pasajes que nuestros ministros jamás citan, porque en el sentido Protestante es imposible dárles una explicacion natural y adecuada. La obrita que publiqué en 1811 bajo el título de *Religion politica, ó Política religiosa*, y que no es mas que una compilacion de pasajes de la santa Escritura sobre las relaciones y deberes sociales, me ofrece una prueba de estos principios, bien que guardé en ella aun muchos miramientos y complacencia, y pocas personas penetraron hasta dónde se extendian ya mis pensamientos.

Así, queridos hermanos y hermanas mias, puedo decir con verdad que desde el 1808 yo era Católico de corazón, y Protestante solo de nombre. Este sentimiento tomó un nuevo grado de fuerza en 1815, época en que la Providencia, en su misericordia, parece haber reunido á nuestro canton el Obispado de Basilea, para instruirnos y familiarizarnos con las verdaderas nociones de la Iglesia Universal, y destruir tantas fatales preocupaciones de que estábamos imbuidos. Enviado á esta nueva parte de nuestro territorio para redactar las instrucciones del Acta de la reunion al formarlas, y esta Acta misma, tuvé ocasion de conocer á hombres distinguidos y obras mas célebres aun, que me eran necesarias ó útiles para enriquecer y perfeccionar el cuarto volumen de mi obra que trata de las sociedades religiosas, ó de los imperios eclesiásticos. Su lectura nutría mi corazón y mi

<sup>1</sup> *Ad Timoth*, iii, 15.

alma; poco á poco desaparecieron las últimas dudas aun sobre el dogma, de que hasta entonces me habia ocupado poco: cayó la venda de mis ojos, mi entendimiento se halló de acuerdo con mi corazón, y parecióme haber hallado el camino, la verdad y la vida; y mi alma, llena de la hambre y sed de la verdad, se vió al fin satisfecha. Léa tambien por otra parte los autores Protestantes, especialmente los que tratan de lo que se llama Derecho Eclesiástico; ¿y lo creereis, queridos hermanos míos? Ellos, aun mas que los escritores Católicos, fueron los que me confirmaron en mis sentimientos. Sus incertidumbres y variaciones eternas, sus contradicciones continuas, sus reticencias, y las concesiones que se les escapan á veces en los momentos de sinceridad; en fin, aquel tono árido, seco, de amargura y menospreciador, tan poco conforme á la Religion y á la caridad cristiana, y á las atenciones debidas á unos hermanos mayores y primogénitos, y á una Iglesia, aun en el día de hoy tan numerosa y tan respetable, me hicieron conocer que no seguíamos la verdad; pues la verdad no varía, ni se sirve de armas semejantes. Entrevi además con la mayor evidencia (lo que sustancialmente los dos partidos confiesan) que la revolucion del siglo XVI, que llamamos la *Reforma*, en sus principios, en sus medios y en sus resultados, era la imagen perfecta, y habia sido precursora de la revolucion política de nuestros días; y mi aversion á esta última me inspiró disgusto hácia la primera. Como de lo que el corazón abunda habla la boca, mis discursos en 1816 y 1817 recaían frecuentemente sobre estas materias. Varios teólogos Protestantes que los oían quedaron muchas veces conmovidos, y los aprobaron en los puntos principales. Tambien los tres primeros volúmenes de la *Restauracion* que se imprimieron entonces, aunque no traten sino de los gobiernos temporales, contienen ya muchos pasajes favorables á la Iglesia Católica, y ninguno que le sea contrario.

Negocios particulares me llevaron en el otoño de 1818 á Nápoles: caminando desde Reggio á Roma con una familia inglesa y un abate francés, entablamos varias veces conversacion sobre materias eclesiásticas, porque el aspecto de la Italia, y sus numerosos monumentos, su-

ministran á cada paso ocasion de ello. Un día en que el abate y yo nos hallábamos solos, este me hizo un elogio de los sentimientos equitativos de aquellos caballeros ingleses respecto á la Iglesia Católica; y como yo le contestase que no lo extrañaba, pues la revolucion habia abierto los ojos á muchos, y añadiese que yo era tambien Protestante, no quería creerlo; y aplicándome aquellas palabras del Salvador al Centurion de Cafarnaum: *Non inveni tantam fidem in Israel: no he hallado*, me dijo, *tanta fe en muchos de los nuestros*. Viendo mis disposiciones, insistió mucho para empeñarme á volver al seno de la Iglesia, que yo reconocia por verdadera y legítima. Mas; fuesen respetos humanos, ó por no disgustar á mi familia, ó pensando dejar este paso para el fin de mis días, ó que esperaba, no lo sé, que el cuarto tomo de mi obra haria mas impresion saliendo de la pluma de un Protestante, me resistí á ello. Á vista de esto cesó en sus instancias; pero desde Roma me escribió una carta, recordándome sencillamente algunos pasajes de la Escritura, y entre otros este: *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra: hoy, ahora que oís su voz, no queráis endurecer vuestros corazones* (Ps. xciv).

En este estado quedaron las cosas todo el año de 1819, época en que trabajaba principalmente el cuarto tomo de la *Restauracion*, y sus capítulos todos, según los iba escribiendo, cada uno de ellos me confirmaba en mi fe, y demostraba la necesidad, la verdad, la santidad, y los inmensos beneficios de la Iglesia Católica. Mi alma estaba conmovida, sobre toda expresion, aun mas de lo que pudiera decir. Por el otoño, el Duque Adolfo de Mecklembourg-Schwerin, Príncipe amable, entrado tambien en el seno de la Iglesia, y ya reconciliado con los suyos, aunque Protestantes, que se habia detenido algunos días en Berna, vino á visitarme, y viendo de una parte mis disposiciones, y de otra mis inquietudes, me informó que podria ser Católico en secreto, obtener dispensa para los actos exteriores<sup>1</sup>, y que muchos Protestantes se hallaban

<sup>1</sup> Haller y estos otros vivian en países Protestantes, donde la omision de la práctica de estos actos exteriores no seria notada ni de escándalo como lo seria entre nosotros, v. gr., ú otro país Cató-

en igual caso. Esta idea me tranquilizó, porque me ofrecía un medio de satisfacer á mi conciencia, sin comprometerme en un paso ruidoso que deseaba evitar. Pero sin embargo, aun no tomé resolución alguna.

Algunos domingos antes de la Natividad de 1819, retirado una mañana en mi gabinete, derramaba delante de Dios abundantes lágrimas por una emoción religiosa, reflexionando en el pasaje de la Escritura que el Abate francés me habia recordado, inquieto sobre la educación de mis hijos, y rogando al Señor por ellos, cuando mi mujer entró á proponerme ir al sermón, porque predicaba un profesor muy acreditado. Fui en efecto: ¡y cuál fué mi sorpresa y emoción al oírle tomar por texto estas mismas palabras: *Hoy, si oyéreis su voz, no queráis endurecer vuestros corazones!* Este sermón parecia inspirado por la Providencia, y como dictado para mi situación actual. El orador no desenvolvió el texto del modo ordinario y comun: habló del establecimiento del Cristianismo y de la Iglesia Cristiana, de san Pedro convirtiendo en un dia cinco mil judíos, del grano de mostaza de que se formó luego un *grande Arbol*, de la necesidad de entrar en el *Reino de Dios*, del peligro de dejar esta resolución hasta el fin de la vida, etc., etc. Por la tarde tuve una larga conversacion con el autor mismo de este discurso; le hice notar que nuestra Iglesia Protestante no presentaba la imágen de un árbol, sino mas bien de hojas dispersas, hechas el juguete de los vientos; que un árbol tiene su raíz, un tronco ramas y hojas unidas y dependientes la unas de las otras, y que sola la Iglesia Católica me parecia tener este carácter, como que tenia una cabeza y miembros subordinados, y formaba un rebaño sometido por una jerarquía gradual á un solo Pastor. La conversacion se empeñó sobre diversos puntos, sobre lo que se debia entender por *Reino de Dios*, sobre el primado de san Pedro, sobre la perpetuidad de la Santa Sede, que ciertamente tiene algo de milagrosa, sobre la dificultad ó mas bien la imposibilidad de mantener una creencia fija en la Iglesia Protestante, etc.: el

lico. Jamás se puede negar la fe, pero no siempre hay precision de confesarla exteriormente.

sabio teólogo me escuchó con mucho interés, y no pudo negar la exactitud de muchas de mis observaciones. Convino tambien en que la separación de la Iglesia Universal era una desgracia, y únicamente se escudó con las objeciones ordinarias de los antiguos abusos introducidos en la Iglesia, y el desarreglo de muchos de sus miembros ó de sus pastores; objeciones que á mi parecer probaban poco, pues que entre nosotros hay tambien abusos, y muy grandes; la historia no refiere cosas muy edificantes de Lutero y de Calvino; ni nuestros ministros son mas irreprochables de lo que se diga de los sacerdotes Católicos; y en fin, que entre estos algunos particulares pueden muy bien ser corrompidos, pero la universalidad no, y mucho menos la fe y la Religión que enseñan.

En cuanto á mí, convencido por la misma Biblia que el Reino de Dios en la tierra no consiste solamente en el conocimiento y cumplimiento de sus preceptos (lo que sin duda es su objeto y fin), sino tambien en los medios exteriores para alcanzarlo y llegar á ello; es decir, en la Iglesia ó autoridad establecida para enseñar, interpretar y propagar estas mismas leyes divinas, y procurarnos de este modo la paz y alegría en el Espíritu Santo, que es el último objeto de este imperio celestial, creí ver en el sermón que acababa de oír, el dedo de Dios que me indicaba el camino que debia seguir, y él me decidió. La mañana siguiente escribí á un amigo, único depositario y sabedor de mis disposiciones y de mi larga perplejidad, el billete siguiente:

« No he podido dormir un momento esta noche, y  
 » dulces lágrimas han corrido de mis ojos. El Señor parece haber oído las oraciones de tantos Cristianos interesados en mi favor. Su gracia obra tan eficazmente  
 » en mí, que ni puedo ni quiero resistirla mas. Me es  
 » imposible vivir en esta eterna rebelion contra Dios, y  
 » contra mi propio convencimiento. Id, pues, respetable  
 » amigo mio, id á Friburgo, y decid al señor Obispo en  
 » lo que estamos convenidos. Implorad la misericordia  
 » de la Iglesia en favor de una oveja nacida en el error,  
 » rodeada de sus partidarios, pero que echa una mirada  
 » de ternura hácia la Madre comun, y no espera mas que  
 » el momento propicio para reunirse públicamente al

» rebaño de Jesucristo gobernado por sus legítimos pastores. »

El paso se dió, no al instante, sino despues de un intervalo de muchos dias de reflexion, durante los cuales yo insistia aun. El Obispo, á quien mis obras políticas me habian dado á conocer, me respondió con una carta tan llena de bondad y de caridad, que me hizo derretir en lágrimas, y que sola ella me hubiera hecho reconocer la divinidad de esta Iglesia, si de antemano no estuviese convencido. Decíame que desde mucho tiempo me habia ya mirado como un hijo de la Iglesia Católica, y no le sorprendia mi resolucio[n], antes la esperaba, y me felicitaba por ella. Se penetró de mi situacion, de lo delicado de mis relaciones domésticas y sociales; me anunció que la Iglesia se contentaria con la profesion de fe, y que para evitar un mayor mal, ó para hacer mayor bien, podria ser dispensado por tiempo indeterminado de los actos exteriores; en fin, me indicó el pequeño número de preparaciones y formalidades que habia que cumplir. No obstante, se pasaron aun mas de ocho meses, durante los cuales compuse la obrita sobre la *Constitucion de España*<sup>1</sup>, y acabé el cuarto tomo de la *Restauracion*, que se publicó á fines de agosto de 1820. Esta última obra, aunque no trata sino de las sociedades espirituales ó religiosas en general, y no tanto de los dogmas, como de la naturaleza y de la organizacion de la Iglesia, no obstante toda ella está escrita segun los principios católicos, y encierra, digámoslo así, una profesion de fe hecha delante de todo el universo. El Obispo no me instó en manera alguna en todo este tiempo. No es el espíritu de la Iglesia, como tal vez os figurais: á nadie hace violencia, mas abre á quien llama; ve venir, deja obrar á la gracia de Dios, bastante poderosa cuando ha tocado el corazon del hombre. Yo hubiera podido dilatarlo aun mas: nada he precipitado: ha sido necesaria una lucha de diez á doce años para decidirme; pero no tenia sosiego, y mi resolucio[n] fué inalterable. Últimamente se

<sup>1</sup> Está traducida al Español, motivo por el que los buenos Españoles deben estar reconocidos á este grande hombre, pues á tanta distancia de nosotros toma tanto interés por nuestro bien.

arregló el dia y lugar con toda la cautela posible; y el 17 de octubre de 1820, en la casa de campo de M. de Bocard, deudo de Affry en Jestchwil, á donde el Obispo fué como para visitar á la familia, hice mi profesion de fe y mi confesion general: visto mi sincero arrepentimiento, recibí la absolucio[n], y al dia siguiente á las seis de la mañana, en el oratorio particular del Obispo de Friburgo, el sacramento de la Confirmacion y el de la Comunio[n], y con ellos una fuerza, una calma, y una satisfaccio[n] que yo no sé expresar, y de que ningun Protestante puede formarse idea.

Mi intencion era, á fin de evitar cualquier procedimiento público, y no afligir á mis parientes, guardar este secreto en lo interior de mi corazon, y no declararlo sino en un momento mas favorable, ó si este no llegaba, al menos al aproximarse la muerte y en mi testamento. Sin embargo, no es permitido negar la fe. Así os acordareis, queridos hermanos míos, que cuando corrieron algunos rumores de ello á fin de diciembre, y las preguntas que me hicisteis, jamás dije que era protestante; sino confesando francamente mi propension, y aun mi creencia, respondia unas veces que en lo exterior y públicamente no habia mudado; otras, que no practicaba los actos de la Religion católica; otras, que en lo que aparecia, era siempre el mismo, y no juzgaba necesario dar un paso ó hacer una declaracion pública; todo lo cual era en efecto conforme á la verdad. Si por casualidad, de lo que no me acuerdo, se me hubiese escapado alguna expresio[n] que tuviese el menor viso de denegacion, seria sin advertirlo, y positivamente sin quererlo, y pediria de ello perdón á Dios y á los hombres. Un dia, en una efusion de mi corazon y afecto de ternura, me expliqué mas con mi amada esposa; la manifesté los rumores que corrian; le confesé mi íntimo convencimiento; en fin, se lo dije todo, excepto el último paso: no le oculté tampoco que, si se me preguntase públicamente, no podria negar mi fe, y estaria obligado á declararme; y aun que casi me parecia que Dios queria como precisarme á dar este ejemplo. Por dicha mia, y para grande consuelo mio, mi mujer recibió esta confesion con mucha paz y tranquilidad; no me dió que-

ja alguna, y esto me hace esperar que el Cielo, aceptando mis fervorosas súplicas, la asistirá con su gracia, y suavizará la amargura que temo causarla. Lo único que, con una tierna resignación, me dijo, fueron estas sencillas palabras : « Si estás obligado á declararte, no » podríamos permanecer en Berna : bien que en todas » partes se puede vivir. » Otra vez dejó escapar estas otras : « Si no es indispensable , no lo hagas á causa de » tus hijos. » Esta era tambien mi intencion ; pero se contentaron con mis respuestas, y la tempestad pareció aplacada.

Mi viaje á París no tenía relacion alguna con este particular. Mi objeto era puramente personal y literario, como desde aquí lo escribí tambien á mi hermano mayor. Pero apenas había pasado ocho dias en esta capital, donde pensaba en fin gozar algunos momentos de satisfaccion, cuando me avisan de Suiza que dos periodistas, tan poco amantes de la religion protestante como de la católica, y por otra parte perpetuamente enemigos de mi patria y de mi persona, sin tener miramiento ni respeto alguno, ni á la paz de una familia, ni al bien estar de un individuo, anuncian al público lo que ellos llaman mi mutacion ; y que el uno de estos periódicos, aunque sin nombrarme, designa sin embargo el lugar y época con demasiada verdad. No podré decirlos, amados hermanos y hermanas mias, el estado de confusion y de trastorno en que me puso esta inesperada noticia y la agitacion en que se anegó mi alma. Caí enfermo, y vuestras penas solas eran las que causaban las mias. Absolutamente ignoro cómo se ha podido trascender este secreto, pero conozco muy bien la posibilidad de ello. Mi cuarto volumen de la *Restauracion* ha excitado la atencion general, y producido una gran sensacion tanto en Suiza, como en los países extranjeros. Los católicos se gozán en el Señor, y le dan alabanzas por ello ; muchos protestantes tambien y con esta ocasion hacen serias reflexiones. Todos, pues, habrán querido saber si yo era efectivamente, y si mis acciones correspondian á mis escritos : se habrá inquirido por todas partes, preguntado á todos ; un criado habrá acaso hecho y comunicado una sospecha ;

otro la habrá aumentado mas, otro tercero la habrá afirmado como cosa segura, y comparando y reuniendo los indicios y conjeturas, acaba por adivinarse la verdad. De cualquiera manera que sea, en todo ello no puedo reconocer sino el dedo de Dios, que se sirve algunas veces de los mismos malos para ejecutar sus designios, y que por acontecimientos sucesivos, parece querer decididamente que yo dé este ejemplo al mundo, y no me quede á la mitad del camino. *Cumplase en todo su voluntad* : debo someterme humildemente. Despues de haber derramado muchas lágrimas, reflexionado noches enteras, invocado de rodillas la asistencia del Espíritu Santo, y consultado á personas sabias y prudentes, no he encontrado calma ni sosiego sino en la resolucion de decirlos francamente toda la verdad, cubierta hasta aquí con un velo ; confesar delante de los hombres la fe que confieso delante de Dios, y llevar, si es necesario, la parte de cruz que se digne enviarme, confiando en su misericordia, que vista mi obediencia y mis fervientes súplicas, dará á mi mujer, á mis hijos y familia, fuerza para soportar las penas y tribulaciones que serán las consecuencias momentáneas de esta resolucion. Vosotros mismos direis, apelo á vuestro propio juicio, mis queridos hermanos y hermanas, si yo puedo obrar de otro modo, y si el secreto puede ya conservarse. La publicidad que yo quería evitar, ya está dada por mis enemigos, y nada hay que añadir. Una respuesta negativa á esos artículos de los periódicos, desmentirlos clara y formalmente como lo pedís, no es posible. Una respuesta evasiva ó ambigua seria fácil de hacer, pero de nada serviria, y no haria sino aumentar y prolongar nuestro comun tormento, ó bien se tomaria por una expresa denegacion, lo que no puede conciliarse con el deber de un hombre de bien y de un Cristiano ; ó bien se adivinaria la verdad al través del velo con que se queria ocultar, y no se obtendria el fin. Al contrario, yo pasaria por un hombre tímido, irresoluto, pusilánime, vacilante, que por respetos humanos no se atreve á confesar su religion : estaria perpetuamente en continuos compromisos, en una situacion ambigua, y finalmente viviria desestimado de protestantes y católicos. Se publicarian